

Olja Savičević Ivančević „Los veranos con María”

La educación sentimental 1986

El círculo de mujeres es el eje de las reuniones familiares que se llevan a cabo en ocasión de los feriados, domingos y cumpleaños. Aquí las historias realmente se transmiten de generación en generación, o como se dice aquí, de una rodilla a la otra, o es lo que a ella le parece. Las rodillas flacas, puntiagudas o redondas, bronceadas o en medias de nylon- negras finas o de color piel- hinchadas, huesudas y suaves, se chocan y se rozan mientras están sentadas en una mesa redonda en la terraza en la segunda planta de la casa sita en la Calle de los Luchadores Caídos. El nombre de la calle asocia a María a las canciones revolucionarias que ellas, las alumnas, antes del bloque de las canciones dálmatas, cantan con voz profunda en el coro del colegio: “Oh, Mosor, Mosor” (versión abreviada), “La joven partisana” y su preferida – “Bosques queridos, les estamos agradecidos”. Le encanta cuando en las celebraciones escolares juntas truenan desde el escenario del cine, delante de todo el pueblo, y su voz llevada por las voces de otras chicas navega libre por la sala del cine con paredes tapizadas y más allá, porque nadie se da cuenta si desafina así finalmente puede soltar la voz y cantar a todo pulmón. De alguna manera se parece al círculo.

Cuando en la reunión familiar alguien llama a María, varias se dan la vuelta y entonces en las gargantas de las mujeres arranca una risa chispeante. Las Marías no sonrían ni boba, ni astuta, ni loca, ni misteriosamente, ellas sueltan risitas y se ríen de corazón, baten sus alas y cascabelean sus joyas, lo que a Mariola nunca le parece de mal gusto, sino muy alegre y de alguna manera atractivo. Las Marías también a veces lloran una delante de la otra, no sé sabe precisamente por qué, pero nadie lo cuestiona; así Mariola cuando tenía alrededor de doce años, escuchándolas sonarse las trompitas en los pañuelos de tela planchados, se dio cuenta de que las risas y las lágrimas provenían de algo indecible por las palabras, de algo que las palabras todavía no habían

encontrado. Esas palabras, si algún día existen, deben ser naturales y precisas, y deben comunicarse como la música, por ejemplo, pensaba ella.

En cuanto al asunto del mismo nombre, le han dicho que no tiene nada que ver con la tradición, por lo menos no en el sentido común de la tradición como un templo terrenal de normas de una comunidad más amplia que la familia o el círculo de los amigos cercanos, y tampoco con la religión, le dijeron. Con la excepción de la bisabuela Marieta, que iba regularmente a la iglesia y le era un poco más fiel a Dios que a la Lucha de la Liberación Popular y al Partido, la familia de Mariola no es religiosa.

Los motivos por los cuales se iba transmitiendo el nombre son de naturaleza sencilla, sentimental, le explicaron. María, y es difícil negarlo, es un nombre muy bonito y frecuente en todas partes, y sus Marías se querían o por lo menos se respetaban mutuamente por lo menos por un tiempo con profunda confianza, ingenua o sabia, lo que es casi lo mismo, así que es difícil discernir, le han dicho. De igual manera que en la mayoría de las familias, por lo menos por estos pagos, el nombre masculino se transmite de generación en generación, en su familia el nombre María se transmitía con sus múltiples variantes y apodos. Mara, Mare, Marieta, Meri, Merita, Marita, Maríita, Mariucha, Masha, María la Pequeña, María la Grande, María la Bella llamada Natalia, la Bisabuela María, la Tía María, contaban. Dado que sus Marías fueron marcadas por divorcios o muertes prematuras, algunas de ellas llevaban diferentes apellidos, diferentes de los apellidos de sus hijos y el nombre femenino María era, de una manera muy personal, lo que les unía más que el apellido, que de todas formas es cosa de hombres, le han dicho, lo que ella misma ya se ha dado cuenta.

Después de la comida que representa una pequeña ceremonia en varios tiempos, empezando con un jerez y concluyendo con un café y cigarrillo o pipa, sus hombres se echarán la siesta o se irán a caminar por algún lado fuera del círculo de mujeres, y aquí se da el comienzo de la historia oral casera, una forma particular de la parresía íntima, tierna en su forma y tajante en la exposición abierta de verdades incómodas que de hecho todos quieren decir, pero nadie quiere oír.

Así, lo ha notado Mariola, hablan las mujeres cercanas cuando están a solas, cuando en su compañía no hay maridos, hijos ni hermanos, cuando en general no hay ningún hombre a la vista. Quizás por eso la mayor parte de las verdades incómodas de las que hablan las mujeres se refiere a los maridos, hijos, padres y hermanos, observó. Ellas cantan en ese coro, pero cada una tiene una parte paralela.

La madre de Mariola, a la que llaman Masha, desprecia la costumbre común de que las mujeres “se quejen de sus maridos”. Le estás echando pestes y luego te acuestas con él, qué sentido tiene eso, se humillan a sí mismas, decía. Daba igual si callaban o se quejaban a todas voces, todo se sabía, siempre se sabía todo y nunca se podía hacer nada: de la vida social las mujeres sólo tenían la historia, el cotilleo, esa era una sesión colectiva, una forma primitiva de terapia de grupo, de la que ellas salían sanadas sin sedantes, pegoteadas mediante sus propias lenguas y lágrimas y uno o dos chupitos de Marrasquino o Amaro.

La conversación entre las mujeres fluye como un río, por el medio de la sala. Es un torrente cuyo curso finalmente confluye en algún final, pero que de hecho corre incesantemente entre ellas y las inunda, las remoja para que no se pongan secas y amargas. Las mujeres de la familia y otras saben historias que podrían colmar el comedor e inflamar el hambre por la narración, aquí hay abanicos de emociones, melodías de lenguas de varias partes, marinas y montañosas, olores y colores de verano conservados que saltan desde debajo de las tapas de conservas, el canto y el timbre específico en el habla, pero también la mentalidad, el ambiente de sus patrias chicas lejanas y cercanas.

Mariola es demasiado joven para tener historias propias, pero hace unos años descubrió que tiene la poesía que, a diferencia de la historia, es accesible incluso fuera de la experiencia de una, y su lengua es mágica y misteriosa, e igual que la lengua de la risa y el llanto abarca cosas indecibles: es su manera de entrometerse en la conversación entre las mujeres maduras, su posibilidad de participar y de ser cómplice. Intuyó que su ser se estaba envalentonando y cambiando y que una fuerza hipersensible la empujaba contra su voluntad a la rabia o la flojera y le encauzaba hacia algo que no entendía, algo fuera del alcance de su joven experiencia, y no sabía si venía desde fuera o ese eco venía

desde los pozos interiores. Pero, de todas formas, ese algo, intuía, era mucho más enérgico que sus fuerzas diarias y podía redirigirla completamente, transformarla en una salvaje, expulsarla de la seguridad, incluso anularla. Igual que a los niños hiperactivos cuando se les deja correr y saltar para gastar el exceso de energía, todo lo que ella podía con el exceso que le ha tocado era llenar con fuerza el vacío del papel.

En los momentos cuando la charla se trababa en algún impasse, o se volvía demasiado cansina, una de las invitadas adultas decía: Mariolita, cielo, ¿has escrito una nueva y bonita poesía?

Mariola, cuando era más pequeña, sin fingir vacilación, se subía a la silla con determinación y declamaba, y las Marías y otras mujeres sacaban sus pañuelitos de tela planchados y lloriqueaban al unísono o decían, emocionadas, “¡olé!”.

Al principio, cuando era más joven, Mariola adoraba y esperaba impacientemente que, de las tareas del hogar, misterios familiares y secretos oscuros, funerales, bodas, problemas en la cocina y en la cama, temas históricos, matrimoniales, de la farándula y los políticos dirigieran la atención hacia ella y su poesía, lo que generalmente no primaba, porque el círculo de mujeres se reúne alrededor de los problemas más importantes, colectivos. Si el problema colectivo es la escasez de café, se reúnen en su casa en la Calle de los Luchadores Caídos porque la madre de Mariola trabaja en el gran almacén local justo al lado del cine, en el departamento de textil y cosmética, un piso arriba del departamento de productos de consumo, y en las épocas de escasez puede ayudar en el abastecimiento. Pero no siempre, dijo.

En invierno detrás de la estufa térmica o en verano sobre el armario madura un gran racimo de bananas verdes y, porque le han dicho que es una verdadera suerte cazar esas bananas a tiempo porque los clientes las compran en cuanto llegan, Mariola se cree con mucha suerte. Pero las mujeres adultas están preocupadas y turbias, como si el café que están tomando fuera el último, notó.

Mientras en la cocina estaba silbando la olla a presión con leche hervida, cada una se encendió un cigarrillo de Partner largo o de Lord: no le hacían caso a pesar de que mojaba terrones de azúcar en sus tazas. Sin herramientas para una

rebelión abierta, Mariola perdió la paciencia por completo, y luego la esperanza de que aquella tarde iba a tener su actuación poética. Y cuando ya se sentía completamente miserable, porque algunas de las mujeres ya se levantaron para irse, cogió el gran florero verde de la mesa y lo dejó caer en las baldosas y hacerse mil pedazos. Lo notaron.

Me han visto, pensó Mariola y se cruzó los brazos en el pecho para no echarse a llorar. Las mujeres adultas estaban asombradas, estupefactas, pero ya no dejaban que la poetisa esperara demasiado tiempo.

La edad infantil pasó muy rápidamente y casi de un día para el otro y sin razones conocidas ocurrió un cambio significativo: la actuación poética delante de la familia se convirtió en una fuente de incomodidad y horror y empezó a evitarla. Se dio cuenta de que la peor cosa que le podía ocurrir a alguien que escribe es que le leyera su propia familia. A veces, si estaba de buen humor, la salvaba Tonka, la hermana menor, con un baile acompañado de alguna canción popular, pero las Marías y otras mujeres de la familia ya no renunciaban tan fácilmente. Si lo rechazaba, se mostraban algo ofendidas.

Cuando se lo confesó al respecto a la prima del padre, la tía Herci, que después de todo era una artista, exbailarina, Herci le dijo que es así, que a cada artista serio o seria su propio arte lo aleja de la gente, pero no de la historia que tiene con esa gente. Desgraciadamente, dijo Herci y la miró con sus ojos oscuros y románticos, yo no era seria, así que hasta hoy en día sigo arrastrándolos conmigo, en vez de haberlos mandado a tomar por culo a todos y dedicarme exclusivamente a bailar.

De joven estudiante y bailarina de Sarajevo que a menudo veraneaba donde sus familiares en Dalmacia, la tía Herci se enamoró del guapo y rico dueño de la panadería local, el primero que tenía la lancha motora roja. Me casé con vosotros, decía y movía de manera coqueta su cabeza ojona. Los panaderos y los carniceros eran los únicos propietarios privados en el socialismo, pero Mariola suponía que los carniceros eran menos deseables por su oficio, mientras que los panaderos, igual que los militares, digamos, cotizaban bien con las mujeres, por lo menos en la familia de Mariola, observó. También lo eran también los

pasteleros como el albanés Zef y el húngaro Janosz, pero ellos estaban casados con mujeres de sus países. Sus esposas en el fondo del comercio preparaban pasteles de crema y cocinaban helados y de vez en cuando se asomaban con algún comentario en una lengua del más allá que provenía de un mundo del más allá.

En las historias de su familia Mariola sintió que la tristeza es elemental y profunda y que la alegría es una suerte de espontaneidad no filtrada, una falta de necesidad por embellecer las cosas y por el humor, una desgracia difícilmente entendible que adelanta a la gente- un exceso de destino. Demasiado destino, le dijeron las Marías y suspiraron. Demasiado destino para una familia.

La sentimentalidad crónica, igual que alguna palabrota en su habla, a veces le molestaban, desaprobaba y se avergonzaba y se hundía en sus lágrimas, demasiado saladas y dulces a la vez.

La gente en su mayoría es estirada, de sangre fría y reservada, dijo en esa ocasión la tía Herci. Falsamente amable, algunos hasta son crueles, dijo. Ahora las desapruebas, pero vas a echar de menos todo esto, añadió a su manera dulce y seductora y exhaló dos piruetas de humo a través de la mesa. Mariola dijo que nunca las iba a echar de menos, que le hacían sentir vergüenza ajena, que son unas lloronas – pero, por otro lado, cuando creces comiendo sopa clara y muy sensual, ya está hecho, el mundo exterior parece un hueso recocado.

Después de las comidas de domingo los hombres salían a jugar a las cartas o charlar, pero el padre de Mariola, Vjeko Hijo, a veces prefería quedarse entre las mujeres, si posible reposar su grande cabeza bigotuda en el regazo de su madre, la abuela Meri, y así roncar en el sofá. De vez en cuando Meri le acariciaba el pelo a su hijo mayor y hacía acompañar su canción de cuna con el cascabeleo de sus anillos y brazaletes de oro. Las mujeres hablaban alrededor del hombre dormido a voz baja, pero también gritaban al unísono en momentos de emoción lo que a él de hecho no le molestaba. Dana Žungulova, la mejor amiga de la abuela Meri, entonces mencionaba a voz baja a su hijo único, la esperanza futbolista que se piró a América. Él era el padrino de corazón de Mariola, y a

pesar de que no le quedaba del todo claro, le parecía bonito tener un padrino famoso en América. A pesar de que abandonó nuestro país, y no debía haberlo hecho, las mujeres no se lo tomaban a mal - si aman a alguien, lo entienden todo. Observó ella.

En una ocasión Mariola y Tonka derribaron sin querer el árbol de la Navidad adornado sobre su padre: estaban horrorizadas, pero Vjeko Hijo continuó roncando, derramándose por encima de los bordes del sofá.

Se despertaba siempre con una idea, y justamente la que no le caía bien a su mujer. Porque igual que la mayoría de los tenedores de ideas, el padre de Mariola también precisaba de las personas que las realizaran: hacer algo, llevar, irse a algún lado, lo que se le ocurriera en el sueño. A menudo se le ocurría algo que había leído en algún libro o algún diario, y mandaba a las mujeres al piso de abajo, a buscar los argumentos. Hasta las mandaba al cuarto de los padres-prohibido si los padres no estaban, generalmente totalmente diferente, cercano si los padres o por lo menos uno de ellos estaban adentro para proteger a los niños de ese cuarto. Los niños no tenían permitido entrar en el cuarto de los padres, pero tampoco estaba estrictamente prohibido. Con tal de que, si no se les decía lo contrario, no tocaran nada. Y así era con la mayoría de las cosas que pertenecían al mundo de los adultos y así aproximadamente se podía describir todo de la infancia de Mariola y de otras infancias: haz lo que quieras, con tal de que no te pillen.

Aquel día cuando de nuevo estaba en el cuarto prohibido, Mariola ya pisó profundamente en las prohibiciones. En la playa pisó un erizo, en vano meó sobre su talón en la bañera, la mitad de las espinas le quedaron en el pie, lo que no debía admitir porque ya empezó el cole y cuando empieza el cole no estaba permitido bañarse en el mar. (Supuestamente para que no se resfriaran, aunque todavía hacía un calor infernal.) Aguantaba el dolor bajando por la escalera cuando tenía que apoyarse sobre el talón. El padre la mandó al piso de abajo a traer un libro del armario cerrado con llave. El libro se llama *Relaciones genealógicas y otras*, dijo. Después de eso, después de que Mariola rompiera el código secreto, seguían guardar las llaves de cómodas y mesitas de luz, armarios y tocadores, pero Mariola y Tonka sabían conseguirlas, estaban acechando el

momento; con razón Masha le decía a sus hijas comadrejas. Comadreja, comadreja, comadreja, les decía, pinchándoles las pancitas. Adentro, en el armario, se encontraba el verdadero tesoro: desde una cajita plateada con joyas de oro, la cosmética comprada en el extranjero, pasando por fotos y cartas de la vida anterior de los padres, hasta algunos libros y revistas eróticas en una caja especial cerrada. Las hermanas adoraban conseguir la llave y revisar a las apuradas esa misteriosa riqueza.

Adentro se encontraba *Alfombrilla de los goces y los rezos* (Editorial BIGZ) de un tal Li Yu, escritor japonés del siglo 19 que Mariola estudió con gran interés frase por frase, siempre prestando atención a devolverlo rápidamente a su lugar sin dejar rastro.

Lo que más le confundía era que en la contratapa se encontraba la explicación del mismo escritor Li Yu, quien afirmaba que había descrito todas las aventuras obscenas de su protagonista con una intención decente – para disuadir a los lectores de la lujuria y enseñarles lo que nunca y de ninguna manera debían hacer. Estaba sorprendida, demasiado joven como para no creerse la mentira y aceptó la excusa de Li Yu como una intención honesta e imposible. Se lo imaginaba ingenuo, tal vez hasta limitado. Pero si ese era el precio para que Li Yu no perdiera la cabeza por su libro o para que el libro saliera a la luz, no era imposible justificarlo. Lo que a Mariola le resultaba más interesante del libro, es que a través de las numerosas aventuras eróticas del protagonista de Li Yu con varias mujeres, no lograba identificarse con el protagonista, y tampoco con ninguna de sus amantes. Es mucho más natural identificarse con el aventurero que salta de una alfombrilla de los goces y los rezos a la otra, especialmente dentro del género en el que a nadie se le ocurre hacer preguntas filosóficas o morales (excepto las obvias mentiras en el epílogo), llegará a la conclusión, pero más tarde. Ella ya había leído una versión de las *Las mil y una noches* reducida a un tomo delgado, pero ahí por lo menos encontró a Sherezade. Además de las princesas y alguna que otra joven partisana que tiraba bombas y perdía la cabeza, las niñas en otros géneros de vida tampoco tenían a muchas heroínas con quienes podían identificarse. Eran tan solo mujeres objeto y mujeres construcciones, llegará a la conclusión, pero más tarde. Las mujeres reales en las familias, en el vecindario y sus historias eran los únicos testigos de que la

vida de las mujeres no e bidimensional ni privada de rebelión, aventura o erotismo, aunque esas aventuras tuvieran lugar en los interiores de las casas o las reclusiones. En los libros de recetas manchados con ron o con huella digital de chocolate, en las contracaras de las fotografías y en las cartas y postales, álbumes de recortes y libros de recuerdos, en armarios cerrados bajo llave, cajones y alacenas encontraba pedacitos y migas de una gran y no escrita historia privada del mundo.

Las calles de la temprana adolescencia, los de la puerilidad masculina en la vida de una niña, de verano olían a sol, turismo, jabón y sexo, aunque en aquel entonces no era consciente de eso, sentía y vivía la libertad que provenía de un ambiente relajado. Y en el mundo hacia el que corría, que llamaban el mundo del arte, lo que más echaba de menos era la realidad, su realidad. Los libros y las películas accesibles no hablaban exactamente de eso, abarcaban solo una visión, según la cual entonces el mundo se ordenaba: sobre la vida real de las mujeres se podía encontrar excepcionalmente poco, casi nada. El tiempo estaba menos abotonado, se respiraba más fácil, pero toda esa supuesta libertad de amor y sexualidad en el socialismo era la libertad a medida del hombre, ahí estaba la barrera.

Las cosas secretas e inalcanzables, las que estaban detrás de la barrera, eran aquellas alrededor de las cuales se tejió la joven vida de Mariola. Y tal vez más que la seducción de esos deseos, el miedo de ellas y la necesidad de revelarlas por completo, de preservar su discreta magia.

En cuanto a los secretos del amor, nunca se trataba de ninguna culpa católica u de otra índole, la infancia en un pequeño pueblo de Dalmacia en los setenta y ochenta estaba repleto de chistes obscenos de adultos y niños. Tales vulgaridades desenfundadas la enfadaban y la avergonzaban, pero aún más le hacían reír con una postura alegre y relajada, de sentido común popular hacia los placeres de la vida. En tales declaraciones exuberantes había menos erotismo y más lascivia que en los libros, eran más alusivos que excitantes, pero

las historias que la rodeaban, las primeras experiencias eróticas que se intuían llegaban a través de la lengua, años antes de entrar realmente en ese mundo, y contenían un humor chispeante. La gente culta y educada no bromea así, al menos no públicamente. En su humor no hay sitio para el sexo, o tal vez viceversa, llegará a esa conclusión bastante más tarde. Como si la educación no nos hubiera liberado, sino almidonado, se lo dirá a Tonka, bastante más tarde.

Así que una tarde de domingo, aquel verano, justo antes del décimo tercer cumpleaños de Mariola, el padre despertó con la idea de tener que mostrar un libro del cuarto de los padres a la prima Herci. Ese libro, resultará, era significativo por un motivo completamente diferente que el de Li Yu, que ella descubrió por casualidad en aquella ocasión. Se trataba de algo llamado genealogía, un tomo blanco con título rojo escrito en cirílico. Llegó por correo postal, a través de un pariente lejano de la parte montenegrina de la familia. Los montenegrinos prestaban atención a esas cosas.

Qué es la genealogía, no lo sabía, qué es la identidad nacional, se lo explicó su mamá a poco tiempo después de dejar de usar el pañal y empezar de usar el inodoro. En aquel entonces había algunos problemas infantiles de digestión que el pediatra declaró pereza intestinal, así que mamá hacía guardia sobre su caca vitoreando por cada ¡plas! que resonaba en el inodoro: ¡Olé, dálmata! ¡Ole', montenegrino! ¡Ahí va, bosnio! ¡Hala, croata! ¡Hete, serbio! Vitoreaba mamá la caquita de su hija, la parte integral, pero también desintegrada de cada ser humano. Nadie antes ni después le explicó mejor la pertenencia a una nación o patria chica.

Ahora quizás convendría decir que le tenía un poco de lástima a los niños que tenían que hacerlo de una sola pieza. Pero qué sabe ella cómo lo hacían otros niños.

La genealogía seguía una línea masculina muy ramificada y fértil que, ejerciendo varias profesiones, militares, funcionarias, hasta ministeriales, se trasladaba

desde Grecia a través de Doclea, Yugoslavia y luego por todo el mundo y se interrumpía con los nombres femeninos. En este caso la interrupción se dio con las hermanas María y Tonka. Y así sus nombres, junto con otros nombres femeninos, quedaron inscritos y conservados en su eterno estado de hija. Sus antecesoras- hijas, de las cuales solo se sabía cómo se llamaban y quiénes eran sus antecesores masculinos, nunca crecieron, nunca tuvieron profesión, nunca se casaron ni tuvieron hijos, nunca fueron ni viajaron a ningún lado y nunca murieron. Existían tan sólo como hijas, y como mujeres fueron borradas de la historia, no sólo de la historia familiar, sino también de la historia universal.

Herci comentó con una silenciosa desaprobación que ella no estaba en ese libro. Ya ves, dijo. Su madre Rumica tomó el fusil y se fue a la batalla de Sutjeska. Sus piernas siguen llenas de esquirlas y heridas de las balas. Heroína nacional, y sus hijas no están en el libro. No hiciste nada si no diste a luz a un hijo varón.

El padre de Mariola, Vjeko Hijo, le dio una palmada con su manota pesada a su prima diminuta con una sonrisa debajo de su bonito bigote pelirrojo: ¿Por eso luchamos en la guerra? A nivel declarativo, él siempre estaba del lado de las mujeres, pero como todos los hombres de su generación y de las anteriores, en la vida cotidiana no le dejaba respirar a su propia mujer.

Mariola vio una vez las piernas de la tía Rumica o soñó con ellas, era en la casa de fin de semana en Rastoke. Usaba bastón y tenía la voz quebrada, profunda y ronca del tabaco, que resaltaba aún más el orgulloso acento montenegrino, tan sólo sus ojos eran grandes y suaves con pestañas espesas como de su hija, la sensual y cálida tía Herci.

En cuanto a las *Relaciones genealógicas y otras* y las posiciones de las niñas y mujeres en ellas, Mariola se dio cuenta de que no se trataba de algo terriblemente descomunal ya que nadie se molestaba, excepto la tía Herci, que siempre se molestaba de una manera que, mirado desde fuera, no era insoportable.

Pero además de Li Yu y su pornografía suave, ese extraño libro, el árbol de la familia truncado, fue el que le hizo a María pensar por primera vez sobre sí

misma como mujer, y cualquiera que fuera el lado del que miraba – no le gustaba lo que veía.

Esto es terriblemente tonto, no tiene que ver con el sentido común, dijo Mariola.

Es así, macho, dijeron ellas.

No soy macho. Eso sí que es cómico.

Es una manera de decir.

¿Y se le dice macho a una hija?

Joder, Mariola. Es así, son las costumbres. No lo inventamos nosotras, dijeron las Marías y otras mujeres de la familia.

¿Y por qué no lo inventáis? Yo podría inventar un libro sobre vosotras, sólo sobre las mujeres, dijo Mariola. Así que cuidado cómo os comportáis.

Pues escríbelo, material no te falta. Para tres novelas, se pusieron de acuerdo.

¡No te creas que las mujeres no importen! - se metió también Vjeko Hijo, el teórico.

La genealogía fue colocada en la biblioteca de la casa que estaba de visita durante varios años en el cuarto de niña de Mariola y pronto se cayó en el olvido por completo, emergía de vez en cuando, sin importarle a nadie, en los años noventa- cuando los telones de fondo cambiaron y cuando de las paredes bajaron las tapicerías, una xilografía de Lenin y el Camarada Tito– también desapareció aquello del armario con llave del cuarto de los padres. No lo averiguó, pero algo le decía que ahí seguía el contradictorio erotómano Li Yu.

Fuente de horno 1965

Cuando María, Masha volvió al monte de la ciudad donde pasó una parte de verano con uno de sus hermanos, la puerta de madera en la cerca la esperaba completamente abierta, y la casa estaba vacía. Encontró a la madre en el huerto de ciruelos, callada y preocupada. Después de saludarse con besos y ahí, entre los ciruelos, después de haber tomado a estomago vacío un traguito de *rakia* por la salud y la felicidad, la chica preguntó por sus hermanas, y la madre cubrió su cara con sus pequeñas manos y por un tiempo no se sabía qué estaba haciendo, si estaba por echarse a llorar o estaba pensando qué decir. María se asustó, y resultó que tenía por qué. La hermana mediana, a la que llamaban Koka, la preferida de María, amable y suave, increíblemente hábil con las manos, se casó la primavera pasada con un hombre llamado Mile, que ya antes del verano empezó a pegarla. La pegaban él y su madre, así que ayer Koka se escapó a su casa, atravesando los campos de arado. Está más magullada que la tierra negra, dijo la madre en el huerto de ciruelos. Los hermanos estaban viviendo en las ciudades, pero la hermana mayor, Tomka, Toma, la que a menudo se ponía áspera y bulliciosa, la que remplazó al padre desaparecido en la guerra, esa hermana se puso loca. Gritaba caminando de un cuarto al otro, chirriando por los tres cuartos de su casa de madera, como si los pensamientos le estuvieran mordiendo el cuello y persiguiéndola, y dijo que la fuga del marido era una vergüenza y que la hermana mediana las iba a meter todos en problemas, se lo contó la madre a María. La hermana mayor le permitió a la hermana mediana pasar la noche, porque no se recomendaba caminar por el bosque en la noche, la encerró en el cuarto con la llave y esta mañana la llevó a rastras de vuelta al marido, maldiciéndola de manera más grosera y regañándolos a ella y a él en el camino.

María echó del bolso las cosas que el hermano le había mandado a la madre de la ciudad, metió algo de ropa, por las dudas, y una cantimplora con agua, se lavó la cara y se peinó en el aljibe y se fue corriendo al pueblo vecino donde se casó su hermana mediana. La madre, sospechando adónde se dirigía, gritó: ¡Masha,

vuelve, tienes hambre! ¡No vayas allí! Pero María, aunque realmente tenía hambre, ya estaba pisando el monte con un pie y el bosque con el otro.

Ahí donde termina el sendero se dirigió atravesando el trigal y la hierba alta, armada con un palo contra las serpientes. En el zapato, cerca del tobillo, tenía una navaja. El cielo se cayó estrepitosamente sobre la tierra. Era el día de San Elías, y cuando en ese día suenan truenos, decían las viejas del pueblo que el Tronador le está disparando a los diablos y no hay que santiguarse. Ella no creía en esas cosas, pero una vez, cuando era muy pequeña, caminaba así por el campo en San Elías y se santiguaba para provocar al santo y a los diablos. Luego supo que en el pueblo de abajo el rayo había quemado a una mujer y por un tiempo tenía culpa por ello, pero también tenía miedo de que no la descubrieran y la llevaran presa.

El camino por el que iba lo podía dibujar con los ojos cerrados: unos veinte kilómetros desde la última parada de autobús en Odžak hasta casa, cruzando las praderas y pasando por el bosque, los atravesaba fácilmente y con placer, sabía encontrar la sombra o el refugio, comida y agua. Esos kilómetros los atravesará en la cabeza, años después, cada arbusto y piedra, metro por metro, mientras tenga fuerzas para imaginar.

En invierno, cuando las carreteras estaban cerradas, nevadas, llegaba a casa en tren, ese camino desde la estación lo hacía a pie, bajo nieve, treinta kilómetros de largo. En verano corría a través de Mlinište, Vagane y Šumljak, y luego entraba en el bosque, encontraba arándanos, frambuesas, cornejos machos y luego se acostaba un poco en el trigo y picoteaba alverja, y sacaba el ratón del nido de pájaros en el campo, se metía los dedos en la boca y silbaba fuerte y asustaba a las ovejas, y el perro la asustaba a ella, la zarzamora le rompía la falda. Detrás de ella quedaban ciudades y residencias estudiantiles donde vivía y estudiaba y adelante el monte tal y como era al principio del mundo.

María venía a casa durante las vacaciones. Mientras estaba en la residencia estudiantil a menudo ahorraba comida y se la mandaba a la madre y las hermanas a Odžak por correo: conservas y manzanas. ¡Oh, en la residencia abundaba de todo! Pasar el verano en Dalmacia – ¡los de las residencias! – en

Split y las islas, mientras sus coetáneos, en algunos años, por hambre mamaban a las ovejas a escondidas. Los hijos de los padres muertos tienen de todo: libros, comida, ropa, veraneo y seguro social. Nadie te preguntaba de qué bando era el padre caído, aunque se sabía, pero daba igual, todos dormían y comían y cantaban y jugaban juntos y todos estaban heridos.

Es un día de verano, y yo vuelvo a casa, madre, cantaba María en el verano tardío. Cantaba contra las maldiciones y para ahuyentar el hambre del estómago, cantaba para que su corazón entristecido se mantuviera alegre, porque aunque tenía dieciocho años, ya sabía que cuando dejabas entrar la amargura, te contagiaba.

En la entrada al pueblo había un manantial, una fuente en una cornisa en un plató, amplio y no profundo, diferente de otras fuentes y pozos. También tenía un grifo. Ahí le saludaron las mujeres: ¡Ahí viene Masha, viene la estudiante! ¿Qué tal, María, Masha querida? Pero ella solo dijo buenos días y siguió corriendo. Mecagoenvuestrasmadres, pensó Masha, lo sabéis todo, las habéis visto, acaban de pasar, y me estáis deteniendo.

Apareció en la cerca de Mile, empujó la puerta y entre las gallinas temerosas entró en la casa. El verano era brillante y la puerta estaba abierta. Los tres adentro, en la oscuridad, sorprendidos: Mile, su madre, y Toma. La hermana mediana, la preferida de María, cuyas manos lavaron las sábanas viejas y le cosieron todas sus camisas y faldas, tejieron sus preciosas gorras de colores, con esas manos, al ver a la hermana menor, se cubrió la cara, igual que la madre hace poco en el huerto de ciruelos.

Y tú, Koka, pa' qué te escondes, gritó María desde la puerta.

¿No será otro el que debería esconderse?, abrió la boca, pero las palabras no salieron. Su fuerza se evaporó en la puerta.

¡Siéntate, Masha! Bienvenida seas, hay tarta, mírala, como si se hubiera asado al sol, dijo Trivuna, la madre de Mile, la miel le salía por la boca.

María tenía hambre, no había comido desde ayer, y la tarta estaba recién horneada y dorada en la fuente negra. Una escena rara en un día regular. Por un momento María se mareó por el olor y casi se le olvidó por qué había venido.

Venga, Koka, córtales la tarta, dijo la suegra de la hermana, madre de Mile, pero Koka no se movía. Mile, el oso, estaba sentado en un diván en el rincón, con una pierna bajo el culo, enrollando el tabaco. La hermana mayor Toma estaba callada y la fusilaba con sus ojos grises: ¿No será que has venido a por mí?

María indicaba con la cabeza: He venido a por Koka.

Mile se reía en el rincón. Toma ya, dice. Era mañana, y ya estaba ligeramente borracho. Venga, Mile, tonto, lo regañó Trivuna, con sus gruesas trenzas grises sueltas sobre su enorme pecho. Él se emborrachó un poco, y Koka se puso un poco grosera, ya sabes lo testaruda que es. Además, no le toca a la hermana menor, una mocosa, meterse entre el marido y la mujer. Es así como es, el marido tiene la primera palabra desde tiempos inmemoriales.

Y la última, parece, dijo María. Pero, camarada Trivuna, esos ya son tiempos pasados, ¿verdad?

Mile se defendía. He dicho que lo siento y que no se repetirá. ¿Qué mas hago? ¿Me mato?

¿Y por qué no?, respondió María.

Y tú, Koka, ¿qué dices?, le preguntó a la hermana.

La primera y la última es del marido, repitió Koka y sonrió un poco como si de broma se tratara.

Nunca hubo, ni vendrá, el tiempo de los callados y tiernos, pero los débiles son los peores. María frunció el ceño.

¿Qué tal tú, Masha?, Trivuna no paraba. ¿Has terminado el magisterio?

Estudié el magisterio, pero me cambié al colegio comercial. ¿Pa' qué?

Han prolongado el magisterio a seis años. ¡No me puedo quedar tanto en la residencia! Acabo de terminar el instituto, ahora estoy en Banja Luka viviendo en la casa de mi hermano, hasta que me adapte. Acabo de matricularme en la Escuela Superior de Economía, y estoy asistiendo en una tienda.

Dijo Masha para ganar tiempo.

Quiero ser independiente, ganar mi dinero, mudarme a la gran ciudad o a Dalmacia y mandar dinero a mamá y a Tomka.

Claro, claro, ronroneaba la madre de Mile.

Tomka murmuró que ella no necesitaba el dinero de su hermana, que eso no le iba a ser suficiente para darle de comer.

Koka sonreía, observando desde el costado. Mile en el sofá, fumando y sonriendo con una mueca. Estaba desaliñado, seguramente olía a alcohol- y en un día como hoy hace un año decían que era el muchacho más guapo en el baile en Zavala y en todos los pueblos bajo el monte Šator.

Vamos pues, dice María a Tomka. Tenías razón. Está en buenas manos, lo dice ella misma. Disculpas por el malentendido.

Las hermanas se dirigieron hacia la puerta, y Koka se echó a correr detrás de ellas.

Mile le puso zancadilla desde el diván, y ella cayó al suelo de bruces.

Sin levantarse del piso, Koka dijo: ¿No os lleváis un poco de tarta?

Es broma, dice Mile y le tendió la mano para levantarla. Luego soltó un hipo. Koka no la vio, la mano, tan sólo chilló, amenazando.

En el momento mientras todavía estaba agachado, Tomka cogió la fuente caliente llena de tarta y le dio un golpe en la cabeza con toda la fuerza. El oso se desmayó sin chistar. ¡Has dicho que no le vas a poner un dedo encima, me cago en tu sangre!

Nos cagamos en vuestra sangre, gritó María a todo pulmón. Nos cagamos en vuestra sangre.

La madre Trivuna, al ver a tres jóvenes brujas chillando, se escapó de la casa gritando: ¡Me han matado a mi Mile!

Vámonos, me cago en vuestra sangre también, le gritó Tomka a las hermanas. Y corrieron sin aliento hasta alcanzar el bosque.

Ahí María abrazó a Koka y con cuidado sacó la fuente del bolso. Has robado la tarta, Masha le dijo a Toma.

Tenía hambre, dice María y se puso a comer. Lástima que la mitad se cayó de la fuente cuando le diste el golpe.

De todas formas, yo hice la tarta, agregó Koka.

¡Que sí, mujer! De todas formas, Koka hizo la tarta, así que es nuestra, confirmó María.

Lástima que la mitad se cayó al piso, repitió Toma. Lástima, tía, desperdiciar la tarta en ese idiota.

Las hermanas empezaron a soltar risitas y comer con los dedos, en el bosque arriba del pueblo, bajo la sombra espesa.

¿Y qué hacemos si Mile viene a casa?, preguntó María con la boca llena.

Que venga, no veo la hora, él sabe muy bien que le daría con un palo en la cabeza, ni bien pise la puerta, dijo Tomka seriamente. Es flaca y arisca, y su cara es negra, sus dientes son blancos, y sus ojos son unas chispas azules.

Tenemos tres hermanos, añadió. No se atrevería.

No se atrevería, pero tú, Koka, te vas a Travnik en cuanto me organice. Tengo una colega ahí, la conocí en la residencia. Ahí te buscaremos un trabajo, en la fábrica de calzado Borac, necesitan mujeres, y luego tal vez nos mudemos a Split, dijo María.

Dalmacia es tierra santa, añade Toma. Ella nunca ha ido más allá de Mlinište, pero toda Bosnia sabía de Dalmacia.

Llebadme a mí también, yo también quiero bañarme en el mar, se rio la hermana mayor.

Y Koka callada, tenía el labio partido, los dedos hinchados, dijo: La lluvia. Y pronto sobre las hermanas, a través de las hojas de avellano se empezaron a esparcir las gotas gruesas. Se dieron prisa para llegar a casa, las tres jóvenes brujas silvestres, atravesando caminos conocidos y no trazados. Abajo, en el

huerto de ciruelos, las esperaba la madre, se alegró al ver a las hijas y le sorprendió la fuente. Le dio muchas vueltas en las manos y observó la cavidad en el medio.

A la noche en el cuarto, donde, como de costumbre la hermana mediana y María estaban acostadas bajo la misma sábana y miraban, una a la pared pintada con cal, y la otra a la luna llena que se asomó a la ventana después de la lluvia, Koka susurró:

Masha, te tengo que decir algo.

Dime.

Estoy embarazada.

¿De cuántos meses?

Demasiados. Cuando Toma se entere, ¿qué dices, me va a devolver a Mile?

No te va a devolver, ni de broma.

María le da la espalda a la luna y con un brazo abraza la cabeza de la hermana y con el otro su barriga.

Era chiquita su hermana, cálida, redonda.

Lloraron abrazadas casi hasta el amanecer, y al alba, sin decirle nada a nadie, se escaparon a escondidas, y se dirigieron a pie a Odžak y luego tomaron el autobús a Travnik. El chófer, Alija, las reviso con la mirada de la cabeza a los pies: Habéis madrugado. ¿Venís directamente la fiesta?! Oye, chiquilla, ¿no te vi yo ayer en San Elías volviendo a casa?

San Elías lluvioso, siete días peligrosos, sonrió María y empujó a Koka más adelante.

Se sentaron lejos del asiento del chofer. El autobús daba saltitos sobre el ripio, y arriba del retrovisor se balanceaba una foto plastificada de Marilyn Monroe.

Mar en calma 2001

Mariola está sentada en el borde del barco con los pies en el mar, levemente agachada lavándose los dientes con dentífrico y agua de una taza de plástico, y luego la enjuaga suavemente y en ella bate la leche y la papilla de chocolate. Observa que en la caleta en la que atracaron ayer a la tarde, durante la noche se metieron dos barcos más, una lancha alemana y un velero italiano, pero su tripulación está durmiendo, así que Mariola ni siquiera se molesta en ponerse el bañador. Al final, cuando termina el desayuno, junto con la taza y la cuchara en la mano, baja al mar en calma. Está embarazada, por eso no se atreve saltar desde el flanco. En el mar lava la vajilla que está flotando a su alrededor. Pone la taza limpia al revés en la popa para que se escurra y nada una vuelta hasta el fondo de la caleta y vuelve. El pis, la ducha y el ejercicio, todo en uno, le dice a su joven marido. Nada hacia la costa hasta que las algas marinas en bajío barroso le toquen las clavículas, y luego vuelve despacio.

Su marido, Miho, se ha puesto el bañador, ha extendido el mapa en la cabina, las yemas de sus dedos se mueven estratégicamente por la guía de viaje, y su oído está captando el pronóstico marino en la radio. El día está ideal, le dice a su joven mujer. Hay mistral. El mar está encrespado y está soplando un vientecito sin grandes olas. Estaría bien bajar siguiendo el mistral, levantamos el ancla después de desayunar y por eso, por favor, date prisa, dice.

Mariola y Miho están circulando entre las islas. Si la navegación de tres días en un barco tipo Elan 19 por el archipiélago local si se puede llamar navegación, dice Miho. Claro que sí, no hay nada mejor que cuando navegas con un pequeño velero, porque solo así puedes navegar de tal manera que puedes mojarte un brazo y una pierna en el mar, mientras tu otra mano está sobre el timón. dice Mariola. A Miho, cuando no tiene prisa, le gustan las actuaciones infantiles de María como la gimnasia nudista y el desayuno-papilla de la taza para lavarse los dientes, en todos esos rituales hay algo divertido- en la sucesiva repetición de acciones parecidas cada digresión mínima de lo esperado parece una sorpresa.

Al fin y al cabo, en *Murtolica* tienen solo agua de bidón y una ducha de barco improvisada “de la bolsa”, si ella realmente quiere enjuagarse el pelo de la sal, y generalmente quiere.

¡Date prisa, Foca!

Foca significa que tienen intimidad, piensa María. Casi podría decirse que se conocen, en la medida que el marido y la mujer se pueden conocer, piensa. Antes de conocerlo a él, creía que nunca se iba a casar, se lo dijo. Pero al final, mira, fue la primera en casarse, en cuanto se graduó, como una verdadera pequeña burguesa, se lo dijo a sus amigas. Al observar a todas las parejas en su alrededor, dijo, en el mejor de los casos le parecen colaboradores, pero casi nunca amantes. La gente dice que el amor y el enamoramiento no son lo mismo y las frases de ese estilo, pero ella nunca se imaginaba el amor como algo flojo. Si los peces y los pájaros y otros animales son capaces de cruzar la mitad del mundo por la fuerza de atracción, es una locura pensar que eso no tiene efecto en nosotros. Una actriz dijo que es como si no creyeras en la gravedad, dijo.

Por otro lado, eso sí que es raro. El lunes no conoces a alguien, te es un completo desconocido, y el viernes te importa más que tu familia y tus amigos. Tú qué crees, si eso es bueno o malo, le pregunta. Ni uno ni otro. Pero para mí es bueno, espero que para ti no es tan mal, dice Miho saliendo de las entrañas del barco con dos potes de café. La vida en la que hay café caliente en el barco no puede ser mala, añade. En ella ahora laten dos corazones, piensa el marido. La observa mientras toma café y se está mordisqueando la punta del pulgar, intentando que ella no le vea. Su barriga se redondeó pronto, casi en seguida. A pesar de que es de verano, ellos juntos ya están bien entrados en invierno; cuando llegue el invierno, llegará el niño, concebido la primavera pasada en las nubes, en la cima de un rascacielos de Split, en el antiguo archivo de una empresa de arquitectura, en aquel pequeño cuarto en el que se saltaba a la cama directamente desde la puerta.

No has tenido buena cosecha de remolacha azucarera, medio marinero.

¿El qué?

El café está amargo, Miho.

Envuelta en una toalla reseca por la sal, su mujer está absorta mirando al pez que está dando vueltas alrededor del barco: los raspallones y las oblas que circulan al lado de la quilla alrededor de los restos de la papilla, se los podría captar fácilmente con una redcilla o con la malo. Cuando era niña, solía pescar un pescado, una gamba, cangrejos hasta un pequeño pulpo con mi mano o con una redcilla de plástico, dice. Pero el sol que hoy se levanta rápido la hace lenta, dice. Ella es una embarazada perezosa, y las oblas están llenas de cardos. El mar está en calma, parece aceite. Hace calor y se está haciendo tarde, tenemos que darnos prisa, dice Miho de nuevo. Salta al mar, desata el amarre de la roca, luego saca el ancla y la guarda debajo de la puertecita en la proa. Mientras tanto ella coloca las cuerdas en las cestas azules y blancas, para que no se enreden. El hecho de que el barco lleve el ancla en su barriga le parece una cosa simpática. El hombre ha hecho las cosas a su imagen, ¿verdad, Miho?

La gente navega desde el antaño, dice él, puede ser que nosotros también hayamos tomado algo de los barcos o del viento.

Su marido le gusta más cuando están en la isla, en su ambiente natural, especialmente en el barco y en el mar. La melodía isleña y sureña de su habla en la que hasta el croata suena sexy, también como la manera de la que trepa la asta cuando se traba la vela, le hace acordar que las niñas antes amaban a los niños admirándolos, como los primeros héroes reales, hasta que un día, no tan lejano, las desilusionaban.

Aunque le lleva unos años, Mariola piensa que Miho es un hombre-niño. Generalmente parece que a él todo le parece sencillo. Que adentro de él todo esté en armonía igual que en su superficie. Sabe que en un día así de caluroso su piel está fresca sin tocarlo. Antes de descubrirlos como pequeños brutos, altaneros o cobardes, le gustaban los niños justo así, de tez oscura y de torso fuerte, de armonía exterior, pero le aburrían rápidamente; en cuanto se veían asustados o inacabados, se iba casi indiferentemente, sin mirar atrás.

Allí adónde se dirigió el joven matrimonio esta mañana, hacia el punto verde en el lado sur de la península, existen unas playas antiguas de piedra pequeña y grande redonda, más pulida que tallada debajo de la pendiente brusca, a las que se puede acceder sólo desde el mar, y con un barco de poco calado. Algo redondo sobre algo afilado, la forma suave incrustada en un paisaje inaccesible,

todo en ese lugar estaba igual como en la antigua juventud del mundo. Se dirigieron hacia esas playas intactas y antiguas deslizándose por la brisa soleada.

Pero a tan solo unas millas después de haber salido de la caleta, el viento decayó, las velas se desinflaron y continuaron a divagar de un lado del velero al otro. Después de unos intentos de que el mistral llene la vela génova, se resignan con el destino, renuncian y encienden el motor exterior. *Murtolica* suelta un hipo breve, de dama, y luego empieza a ronronear y rascar el glaseado grasoso del mar. Estamos cerca, dice Miho, como si se estuviera justificando. Como si él tuviera la culpa porque no haya viento. Por qué siempre se justifica, piensa Mariola. Quizás yo tengo la culpa, porque me he demorado con el desayuno, dice. Además, ella ve bien que no están cerca.

El marido está un poco desilusionado con el avance de los sucesos y la imprecisión de la meteorología, pero a la joven esposa el ruido del barco no le molesta, dice ella, aunque desprecia los motores ruidosos, y a los barcos que propulsan casi no los considera barcos, igual que a los caníbales no los considera humanos de verdad, dice. Son antihumanos o antibarcos. Ella tiene la tendencia hacia verdades absolutas que mañana remplazará por otras nuevas, piensa el marido.

Pero ese no es mi problema, grita Mariola en dirección del viento. Mi problema es, grita desde la proa, que en cuanto arranca el motor, empiezo a tener sueño. No puedes dormir otra vez, quién tendrá el timón mientras recojo las velas, se ríe Miho. Despacio. No te caigas al mar, le dicen el uno al otro a la vez intentando hacerse oír sobre el pedorreo del Yamaha.

El día se partió en dos azules, se puso amarillo, se puso blanco, se puso azul oscuro – la bandera ardiente del verano. Y luego también el motor se detuvo.

Tokyo 1973

Antes de despegar se decía a sí misma que todo eso era normal, como si volara todos los días. Dana también, a quien ve regularmente, le dijo que el vuelo en avión no era nada especial. Por algún motivo las mujeres dicen lo mismo de varios eventos, que no es nada especial o para nada terrible, como por ejemplo del parto, pero Meri no mentiría sobre eso, porque el primer vuelo, por lo menos para ella, era un verdadero milagro. Le encantó el mar visto desde el cielo y los planos de casas y viñedos, y aún más las nubes que le hicieron recordar de islas flotantes, así que por un segundo se avergonzó de su propia banalidad delante de su marido, aunque él no estaba aquí, sino a millas de distancia. Sintió emoción en la parte inferior de la tripa cuando despegaron de la pista, pero no miedo, y eso le sorprendió. ¿Y luego, de qué tenía miedo? Ayer cumplió cuarenta y cuatro años. Ya pasó por todas, incluso la guerra. Y el hambre. Y los hijos, los matrimonios, el divorcio, toda esa gente... la enfermedad, sería ridículo tener miedo, pensó, se cruzó las piernas en medias de nylon, suspiró en voz alta. Tal vez demasiado alta, porque la mujer a su lado la miró y le dirigió una sonrisa cortés. Era una camarada vestida con mucho gusto cuyo marido trabaja en la Federación de Deportes, contará luego Meri.

Meri se hizo el peinado ayer temprano por la mañana, para la comida de cumpleaños, ya a las siete estaba en la peluquería. Y estaba haciendo la maleta desde hace días: el neceser con cosmética, botellitas y pomadas, ropa interior de algodón y de seda, una nueva combinación, un chubasquero porque en Escocia, adonde va, suele hacer frío y húmedo hasta en septiembre, unas botitas para la lluvia y unas sandalias, unos zapatos de reserva con tacón grueso y unas zapatillas pequeñas y blandas, unos vestidos, no demasiados, por unos diez días.

Planificó el viaje y según el plan, primero, en cuanto se puso el cinturón, sacó el libro e intentó leer *Cumbres borrascosas*, pero estaba demasiado emocionada para tal actividad. En el avión había nuestra gente, no se sentía demasiado extraña, algunos estaban fumando así que ella también se encendió un cigarrillo, algunos bebieron algo de alcohol, así que ella también pidió un

Amaro: aunque anoche también bebió uno, pero dos a la vez era demasiado. La gente charlaba sobre cualquier cosa, así que Meri, relajada, le dijo a la compañera de viaje que a su comida de cumpleaños de ayer acudió el exmarido, quien había venido desde Montenegro y a quien no había visto una veintena de años, y ahora estaba volando a ver a su actual marido quien ahora estaba en Escocia, jugando al ajedrez. La única mujer con dos maridos que conocía, además de ella, era Dana Žungulova, y esta camarada compañera de viaje del asiento de al lado estaba, resultó, casada por tercera vez. El hijo de Dana, Slave, es futbolista, tal vez la camarada había oído de él dado que su marido trabajaba en deportes, no le extrañaría que un día jugara para la selección nacional. Qué raro que uno le dice de todo a los desconocidos, lo que nunca le diría a los conocidos, pensó Meri. En la conversación intentaba evitar el dialecto, en la medida posible, porque la camarada bien también lo evitaba.

Por qué dejó al primer marido, el montenegrino, le preguntó la compañera de viaje, a la que le interesaban más las relaciones entre los sexos que el deporte. Era joven, y él se carteaba con una actriz de Dubrovnik, dijo Meri y se sorprendió a sí misma al decirlo tan sencillamente, hasta se rio. Pero menos mal que me fui, dijo, porque después de esa actriz tuvo más mujeres. Muchas camaradas fingen no saber o de que no les moleste si su marido militar tiene una escuadrilla, pero hay casos distintos, así una camarada en Mostar, que no escondía lo mucho que esto le fastidiaba, a las mujerzuelas así las llamaba escuadrilla. A Meri eso le molestaba, se cabreó, se desesperó, le rompió el corazón, confesó y se siguió sorprendiendo cómo podía decirlo todo, como si no fuera suyo, pero la mujer la escuchaba con interés, seriedad y compasión, sin juzgarla. Además, esa vida de una base militar a la otra- Mostar estaba bien, pero Montenegro, porque lo mandaron a casa por la política- no la llevaba fácil. Entonces se acercó al oído de confianza de la compañera de viaje: lo salvaron sus hermanos, porque eran generales, para que no lo enviaran a la Isla de Goli. Y él no tenía la culpa, él nunca estaba a favor de Stalin, pero quién te pregunta, susurró. Él se escabulló, pero nosotros dos como pareja no nos salvamos. Montenegro, le dijo a la compañera de viaje, es diferente, es bonito, pero duro, ahí como si todos estuvieran en el ejército, especialmente las mujeres, ella nunca se habría acostumbrado. Aunque él era tierno, muy tierno y enamoradizo, suave. Incluso pintaba un poco, él no era para nada un militar. En Mostar

estaba a cargo del programa cultural, las canciones, el folklore, eso es lo que más le gustaba – y ahí conoció a aquella actriz, yo nunca culpo a las mujeres, sólo a él. Y yo tomé a los hijos de la mano y volví a casa, a mi padre y mi madre. Él, mi exmarido Vasko, perdió sus rangos militares y se convirtió en un empleado, lo mandaron a una oficina en Titograd, ya, a trabajar en una cárcel, lo que es mejor que haber terminado en la cárcel de la Isla de Goli. Lo han degradao, no me ha dao pena, dijo Meri en dialecto. Ambos hemos sido degradaos, si te lo tomas así, dijo, y a pesar de todo se secó dos lágrimas con un pañuelo de tela hecho a mano.

Mi papá a mí no me echó de la casa, dijo Meri. Si otras mujeres tuvieran aonde ir, también se divorcian. Casi toas. Pero entre el marido y el padre eligen el mal menor, dijo.

La camarada cuyo nombre olvidó al bajar del avión y cuyo marido nuevo, el tercero, trabajaba en la Federación de Deportes de Yugoslavia, estaba de acuerdo con Meri, y luego en confianza añadió que su primer marido era músico y símbolo sexual, pero que con el tiempo una mujer normal se aburre incluso de eso, si es lo único que se ofrece.

Merita dijo que su primer marido, Vasko, el piloto, quedó viudo hace un par de años. No se había casado con la actriz de Dubrovnik, sino con una mujer común, una montenegrina, con quien tuvo tres hijos. Y le daba un poco de pena. Por eso lo invité a la comida, dijo, para que la compañera de viaje no pensara que lo había invitado porque era un símbolo sexual. Aunque, quizás antes se le podía describir así, pensó Meri con indiferencia y un poco de amargura, pero lo calló. Está de visita a nuestro hijo en Split, continuó, y yo les he dicho, a mi hijo y mi nuera, que lo traigan a comer. Traedlo a comer, les dije. Llamé a Ante, mi segundo marido, al que voy a ver en Glasgow, y le dije, Ante, pa' que sepas, Vasilije viene a comer. Es lo que corresponde. No le voy a dejar estar solo en Varoš, donde mi hijo y mi nuera, y todos en mi casa para mi cumpleaños– yo vivo en Plokite en esos edificios nuevos, si usted conoce Split. Francamente, quería curiosear un poco. Quería verlo una vez más, para ver qué quedó de él. Y no ha quedao mucho. Ahora, sabe, es un completo desconocido. Pero tenemos dos hijos en común, por ahora una nieta, por qué no le invitaría a mi

cumpleaños. Sí, soy una verdadera abuela, las apariencias engañan, suspiró. Pero bueno, hago los últimos intentos, me mantengo cuanto pueda.

Aquí de nuevo dejó caer una lágrima, eso nunca fue un problema. Y la compañera de viaje dijo que lo más difícil para una mujer es cuando empieza a perder la belleza. Podemos mentirnos, pero es así, si antes eras bella y eso desaparece, no hay cosa que lo pueda compensar. Por eso hay que cuidarse. Es lo único que me salvó, el hecho de ser bastante guapa, pero quién sabe, quizás primero me había arruinado, dijo Meri, y la camarada asintió. Pero, Meri, por ahora no tiene ningún motivo para preocuparse, dijo amablemente la compañera de viaje.

Conoció a su segundo marido en la municipalidad de Split, él encargado de asuntos militares, ella, secretaria, le contó Meri. Y así, se gustaron mutuamente y se casaron, no se iba a enterrar viva como algunas. Sus coetáneas en el pueblo, dijo, ahora ya se les murieron los maridos, se colocaron pañuelos negros en la cabeza y se sentaron delante de sus casas y así estarán sentadas hasta el final de sus vidas. A la noche meten el trípode adentro, a la mañana lo sacan en el umbral de la casa.

La camarada no se escandalizó al oírlo, a pesar de venir de la gran ciudad, porque nuestra gente es así, especialmente la gente femenina, pero añadió que en la India existían los yoguis, aunque de eso se sabía muy poco en nuestro país, que estaban sentados así todo el día y eso se consideraba una experiencia liberadora. No sabía por qué lo mismo en nuestras camaradas parecía lo opuesto de la filosofía oriental, como una total renuncia de la libertad. Porque esas mujeres delante de sus casas, ¿no se sentían por primera vez independientes económicamente y de todas las demás formas?, y de todas las maravillas de este mundo optaban sentarse delante de la casa. ¿No sería más divertido irse a bailar, buscarse un nuevo marido o, por qué no, un amante o simplemente disfrutar solas? Pero quizás se trataba precisamente de esa falta de cualquier necesidad. Dijo la camarada elegante.

Meri añadió con cuidado que a su segundo marido no le gustaba nada que trabajara como secretaria en la Municipalidad, así que renunció. ¿La camarada cree que el marido está celoso? A ella al principio le convenía quedarse en casa y ser ama de casa, ahora a veces se aburría, en su hogar nunca había ni una pizca

de polvo, eso no podía ser una buena señal. Todos conducían coches nacionales Zastava, y su marido conducía un nuevo Opel con asientos de terciopelo rojo, y ella ya no tenía que trabajar como secretaria en la Municipalidad. Era consciente de que ese era el sueño de muchas camaradas, pero se sentía vacía. Le gustaba arreglarse para ir a trabajar, bajar por la calle Balkanska, cruzar el Malecón, siempre prestaba atención a su aspecto y cada salida le hacía bien, le gustaba charlar con gente, y también trabajar, pero un poco menos. Tenían un piso de tres habitaciones en un edificio nuevo, primera planta – Dana dice *piano nobile*, aunque todo eso es modesto, pero sólido, como corresponde a los comunistas. Ellos no han entrado en cosas o mansiones ajenas como algunos, más vale poco y bien allegado, que mucho y robado. Era una finca decente, rodeada de vegetación, en una colina verde con agaves en la pendiente, y del otro lado la nueva gasolinera, una peluquería, un pequeño mercado al aire libre. Además, ella estaba acostumbrada a lo modesto y de todas formas sobrevivió una guerra, y lo de ahora estaba más ricamente modesto. Los domingos hacía la comida, muy rica, abundante, una o dos veces al mes invitaba a sus hijos. Ayer vinieron todos, y en el menú hubo: sopa con *zanzarelle*, conejo con ñoquis, salió todo riquísimo, y tarta con ron. Eso les gusta a todos. Cinco kilos de ñoquis desaparecieron en cinco minutos. ¿Se lo puede creer la camarada compañera de viaje? Para un ejército, se rio. Los suyos ya no están en el ejército, excepto el exmarido Vasko, y el actual está en Glasgow, dijo alegremente, pero da igual, cinco hombres, tres hijos, el padre, el exmarido; los suyos son todos grandotes, altos, comen mucho, es esa raza. A veces devoran, dijo seriamente, sí, a veces le parece que lo único que saben es comer y beber, pero eso cuando está de mal humor, cuando se le sube el azúcar. Las únicas flacas son sus nueras, pero eso no debe ser malo para ellas.

Y se acordó, se acordó que era su cumpleaños. Vasko. Le trajo unos pendientes, pequeños con una piedra verde, oro viejo. Ella no las va a usar, pero las va a guardar para su nieta. La mujer en el asiento de al lado soltó risitas y le dio un empujón suave con el hombro y entonces Meri sintió que a esta mujer que veía por primera vez le podía decir hasta aquello alrededor de lo cual estaba dando vueltas durante todo el vuelo y estaba evitando tan elocuentemente. Quiso ante la camarada desconocida abrir el verdadero corazón de la historia.

Desgraciadamente, entonces se dio cuenta de que su compañera de viaje se durmió. Se cruzó los brazos a través de la barriga tensa en una blusa de seda liviana y descansaba con la boca bien abierta. Recién entonces Meri notó que la camarada elegante vestida de pantalón de seda, en los pies tenía unas –chanclas. Los hijos de Meri, a su pesar, durante todo el verano usaban solo zuecos y chanclas, hasta los recién casados, por la casa y a la playa y a la noche afuera, ella lo despreciaba, a pesar de todo son jóvenes. Al enterarse del calzado inadecuado de su compañera de viaje la escandalizó un poco, hasta la desilusionó, como si acabara de confesarse a una persona poco seria que se rio de ella. Por eso salió del avión a las apuradas sin esperar que la mujer a su lado se despertara para despedirse.

Y cuando había que recoger las maletas, ya no la vio y de nuevo se sintió traicionada y sola.

El aeropuerto de Londres en el que aterrizó se veía mucho más grande e impredecible de todo lo que había visto antes, de todas maneras, más grande que el aeropuerto de Split en Kaštela – la sorprendió la amplitud e inaccesibilidad del contenido, pero se esforzó en no verlo. Simplemente estaba de pie en un sitio esperando su maleta.

Y qué mala suerte, el primer vuelo y ya un fracaso: su maleta de cuero nueva desapareció. Le dio pánico. Cómo encontrar la maleta perdida en un lugar así. En dos horas debía subirse al tren a Glasgow, pero ahora estaba sentada en la oficina aeroportuaria de objetos perdidos intentando llamar a Ante, quien estaba ahí, en ese Glasgow en un torneo de ajedrez, fumando su pipa y moviendo el alfil a g5. Nadie hablaba croata, y ella como si estuviera muda. De hecho, como si estuviera sorda y muda. Le habría tirado a alguien de la manga, pero no sabía qué decirle. Todo lo que tenía estaba en esa maleta, y con ella solo un bolso pequeño con lápiz labial y un pequeño espejo y un pañuelo de tela y el equipaje de mano en el que puso algo de comida que sobró del cumpleaños, para Ante.

Se lo imaginó, al marido actual, pero no en Escocia, sino como todos los días en Split, en el cuarto de baño pequeño, porque su piso tiene dos cuartos de baño: lo oía tirando la cadena, sonándose la nariz, dándose palmadas mientras se lavaba la cara, se ponía la cera en el pelo, se peinaba para atrás. A veces observaba,

mientras él estaba encima de ella, como ese pelo se separaba de la cabeza y ondeaba, le ondeaba hasta el hombro como una cortina, una cortinita hecha de flecos finos. Y entonces ella le decía, cortinita mía, dónde estás, y le colocaba el pelo de vuelta.

Pero su corazón estaba algo poroso, como un colador, todo se le escapaba por ese corazón, los pensamientos. Es un gran engaño decir que con los años uno se pone más duro. Uno endurece desde fuera, se le crea una corteza, es un pedazo de carne vieja, pero por dentro se recuece, se deshace. Hace un tiempo que sabía de esa otra mujer de su segundo marido, la que a veces llamaba, cada vez más. Y ayer decidió que no iba a ir a Glasgow, mirando en la mesa al primer marido, con quien ya no estaba enfadada, sino que estaba completamente indiferente, pensó que ya se le habían agotado las oportunidades. Se le agotó todo lo que en esta vida pudo y hasta si tuviera fuerzas, la segunda vez no se lo perdonarían. Menos mal que no se lo había dicho a aquella camarada en chancas. Es una verdadera suerte no habérselo dicho, de hecho, ahora con todo hasta se sentiría incómoda.

Intentó llamar a sus hijos desde la oficina aeroportuaria, luego a Dana Žungulova, su verdadera amiga, pero la conexión se interrumpía todo el tiempo. Ojalá alguien hablara italiano, para poder preguntar por sus *valigie*, ya no importaba lo que había pasado en la guerra, en una ocasión así hablaría hasta con Mussolini.

Sacó de nuevo *Cumbres borrascosas*, pero no para leer, sino para esconderse en el libro. El personal aeroportuario entraba y salía, ya nadie le hacía caso. Después de casi una hora, una mujer vestida de uniforme entró y dijo: ¿Yugoslavia?

Split – Yugoslavia, gritó Meri y se incorporó con un salto.

Se comunicaron, la subieron a un taxi y luego al tren, pero sin maleta. La maleta se fue por error a Tokyo y volvió a Split más tarde que ella y el marido, después de casi un mes.

Luego Meri disfrutaba de contar esa historia, cada vez con un nuevo detalle, lloraba un poco, se reía un poco. Había en ello algo de drama e intriga.

Luego, tomaban, la mayor el café, la menor la leche con miel de unas tazas de vidrio grandes de color de leche y miel, ella y su nieta, ahí en la Calle de los Hermanos Santini en Split, con los sonidos de los grillos de la tarde y el centrifugado del lavarropas.

– ¿Y cómo la moza María lavaba la ropa en el mar si el jabón no hace espuma?

– En agua salobre. Con sebo, soda cáustica y ceniza. La alquimia. Es así como, mi cielo, la moza María enjuagaba la ropa durante cientos y miles de años. La verdadera revolución en este mundo ocurrió en el 65 cuando llegó el lavarropas. Las blancas banderas de bragas y sujetadores ondeaban en el balcón, en la nevera temblaban los potecitos multicolor de insulina, el piso de linóleo estaba lustrado, los días olían al tabaco de Ante y a betún, y las noches a gasolina, a la ciudad y a su perfume azul con bombilla.

Para finalizar la historia, a veces añadía: Ojalá la maleta hubiera volao pa' Glasgow, y yo pa' Tokyo. Pero vete tú pa' Tokyo, mi niña. Y luego decía de paso: En Glasgow me compré un juego de ropa completamente nuevo.

Traducción: Nikolina Židek